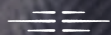


A profile photograph of Dave Grohl, looking to the left. He has long, dark hair and a beard, and is wearing glasses and a dark, textured jacket. The background is a plain, light color.

Dave Grohl

THE
STORYTELLER



Historias de vida
y música

LIBROS CÚPULA

The Storyteller

HISTORIAS DE VIDA Y MÚSICA



Dave Grohl

Traducción de Carmen Ternero

LIBROS CÚPULA

QUISIERA DAR LAS GRACIAS A LOS NUMEROSOS FOTÓGRAFOS QUE
HAN COLABORADO CON NOSOTROS EN LA CREACIÓN DE ESTE LIBRO.
SUS IMÁGENES MEJORAN MUCHO ESTAS MEMORIAS.

De las fotografías de interior: Págs. III, 4, 10, 22, 29, 34, 37, 51, 63, 70, 79, 82, 98, 116, 123, 135, 161, 176, 180, 187, 190, 244, 256, 278, y 362: cortesía del archivo personal del autor; págs. IV, X, 240, 374, y 378 en la edición de Target: cortesía de Magdalena Wosinska; pág. 8: cortesía de Kevin Mazur; pág. 55: cortesía del archivo personal del autor (cedida por Ruthless Records);
Págs. 76, 101, 102, 105, 106, 109, y 112: cortesía del archivo personal de Virginia Grohl; págs. 148 y 157: cortesía de Charles Peterson; pág. 192: cortesía de John Silva/SAM; págs. 206, 210, 229, 231, 232, 270, 297, 301, 315, y 351: cortesía de Danny Clinch; págs. 237, 318, 334, and 340: cortesía de Jordyn Blum; pág. 252: cortesía de Mary McCartney; pág. 285: cortesía de Ross Halfin; pág. 322: cortesía de Brantley Gutterrez; pág. 373: cortesía de Andreas Neumann



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: David Eric Grohl, 2021

© de la fotografía de cubierta: Angela Boutin

© de la traducción: Carmen Ternero, 2022

Primera edición: febrero de 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2926-5

Depósito legal: B. 16.518-2021

Impresor: Gómez Aparicio

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: SUBE EL VOLUMEN 1



PRIMERA PARTE: PREPARANDO LA ESCENA 5

EL ADN NO MIENTE 7

EL DESPECHO DE SANDI 21

LAS CICATRICES SE LLEVAN DENTRO 32

TRACEY ES PUNK 49

JOHN BONHAM Y LA SESIÓN MÍSTICA 61



SEGUNDA PARTE: EXPANSIÓN 71

MÁS TE VALE SER BUENO 73

«I WANNA BE YOUR DOG!» 97

CADA DÍA ES UNA PÁGINA EN BLANCO 115

ALGO PARA SIEMPRE 132

ESTÁBAMOS RODEADOS
Y NO HABÍA ESCAPATORIA 146

LA DISTANCIA 159



TERCERA PARTE: EL MOMENTO 177

NOS HA DEJADO 179

LOS HEARTBREAKERS 189

SWEET VIRGINIA 205

ESO ES LO QUE YO QUERÍA 227



CUARTA PARTE: A VELOCIDAD DE CRUCERO 241

EL PUENTE DE WASHINGTON	243
ARRESTADO	255
LA VIDA SE ESTABA ACELERANDO	275
SWING CON AC/DC	291
INSPIRADO, UNA VEZ MÁS	305



QUINTA PARTE: LA VIDA 319

CUENTOS DE BUENAS NOCHES CON JOAN JETT	321
EL BAILE DEL COLEGIO	332
LA LECCIÓN DE VIOLET	349
CONCLUSIÓN: EL PASO DE PEATONES	361
AGRADECIMIENTOS	375



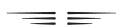
PRIMERA PARTE



PREPARANDO LA ESCENA

EL ADN
NO
MIENTE





—Papá, quiero aprender a tocar la batería.

Sabía que esto tenía que llegar.

Y ahí estaba mi hija Harper, de ocho años, mirándome con sus enormes ojos marrones como Cindy Lou Who de *El Grinch*, agarrando ansiosamente entre sus diminutas manos uno de mis pares de baquetas desgastadas. Mi segunda hija, mi pequeño yo, la que físicamente se parece más a mí. Sabía que algún día se interesaría por la música, pero... ¿la batería? ¡Estamos hablando de empezar!

—¿La batería? —repliqué levantando las cejas.

—¡Sí! —exclamó con una enorme sonrisa.

Me quedé un momento pensando.

—Vale... ¿Y quieres que te enseñe yo? —pregunté cuando la emoción empezaba a hacerme un nudo en la garganta.

—Ajá —asintió tímidamente mientras se balanceaba en sus zapatillas Vans a cuadros, y en ese mismo instante una ola de orgullo paterno me embargó por completo, junto a una enorme sonrisa.

Nos abrazamos y nos dirigimos de la mano al piso de arriba, hacia la vieja batería que tenía en el estudio. Como uno de esos momentos lacrimosos de Hallmark, de los que están hechos los anun-

cios sensibleros de la Super Bowl (de los que son capaces de hacer que hasta el más duro de los fans de *monster trucks* se eche a llorar delante de su salsa de pollo búfalo), atesoraré este recuerdo para siempre.

Nada más entrar en el estudio caí en la cuenta de que yo nunca había recibido clases, por lo que no tenía ni idea de cómo enseñarle a nadie a tocar la batería. Lo más cerca que había estado de algún tipo de formación musical estructurada habían sido unas cuantas horas con el extraordinario batería de jazz Lenny Robinson, al que solía ir a ver todos los domingos por la tarde en el One Step Down, un club de jazz pequeño y antiguo de Washington D. C. El club, que estaba en Pennsylvania Avenue, en las afueras de Georgetown, no era solo una parada importante de las giras organizadas, sino que además albergaba todos los fines de semana un taller de jazz en el que la banda de la casa (dirigida por la leyenda del jazz del D. C., Lawrence Wheatley) ofrecía unas cuantas actuaciones ante la oscura y atiborrada sala y luego invitaba a músicos emergentes



a que subieran al escenario para tocar una sesión de improvisación con ellos. Cuando yo era adolescente, en los ochenta, aquellos talleres se convirtieron en un ritual dominical para mi madre y para mí. Nos sentábamos en una mesita y pedíamos bebidas y aperitivos mientras oíamos tocar a estos maestros musicales durante horas, dejándonos llevar por la magnífica libertad de improvisación del jazz tradicional. Nunca sabías lo que te esperaba entre aquellas paredes de ladrillo visto, con el humo flotando en el aire y el único sonido de las canciones del pequeño escenario (hablar estaba estrictamente prohibido). En aquella época, yo tenía quince años y estaba sumido en la agonía de mi obsesión por el punk rock, por lo que solo oía la música más rápida y ruidosa que pudiera encontrar, pero de algún modo conecté con los elementos emocionales del jazz. Al contrario de lo que ocurría con el pop moderno (del que reulé como el niño de *La profecía* en la iglesia), apreciaba la belleza y la dinámica del caótico tapiz de la composición del jazz, a veces estructurado y a veces no. Pero, sobre todo, me encantaba la forma en que Lenny Robinson tocaba la batería, que no tenía nada que ver con lo que veía en los conciertos de punk rock. Él lograba una expresión atronadora con elegante precisión, haciendo que pareciera fácil (ahora sé que no lo es). Fue como una especie de despertar para mí. Yo había aprendido a tocar la batería de oído, usando unos cojines sucios que guardaba en mi habitación, y nunca había tenido a nadie que me dijera lo que hacía «bien» o «mal», por lo que mi percusión estaba plagada de incoherencias y malos hábitos. **YO ERA ANIMAL DE LOS TELEÑECOS, SIN SU MAESTRÍA.** Estaba claro que Lenny sí tenía formación, y me sorprendía su control y la sensación que transmitía. Mis «maestros» de aquella época eran mis discos de punk rock: trozos de vinilo ruidosos, rápidos y disonantes, con baterías que la mayoría no consideraría «tradicionales», pero con una innegable genialidad sin pulir, y siempre les deberé mucho

a esos héroes olvidados de la escena del punk rock *underground*: baterías como Ivor Hanson, Earl Hudson, Jeff Nelson, Bill Stevenson, Reed Mullin, D. H. Peligro, John Wright..., la lista es dolorosamente larga. Todavía se oyen los ecos de su trabajo en el mío, con su imborrable huella en temas como «Song for the Death» de Queens of the Stone Age, «Monkey Wrench» de Foo Fighters e incluso «Smells Like Teen Spirit» de Nirvana, por nombrar algunos. Todos aquellos músicos parecían estar a varios planetas de distancia de la escena musical de Lenny, pero lo que tenían en común era la capacidad de transmitir la misma sensación de caos maravilloso y estructurado con el que tanto disfrutaba los domingos en el One Step Down. Y eso era lo que yo me esforzaba en conseguir.

Una húmeda tarde de verano, mi madre y yo decidimos ir a otro de los talleres semanales del club para celebrar su cumpleaños. Aquello se había convertido en «lo nuestro», y todavía lo recuerdo con cariño. Mis amigos no salían por ahí con sus padres, ni mucho menos iban a un puto club de jazz del centro del D. C., por eso pensaba que mi madre era realmente guay y que así estábamos más unidos. En la época de la generación X, plagada de divorcios y confusión, nosotros éramos amigos de verdad. ¡Y todavía lo somos! Aquel día, después de unas cuantas cestas de patatas fritas y varias canciones del cuarteto de Lawrence Wheatley, mi madre se volvió hacia mí y me preguntó: «David, ¿quieres subir a tocar con la banda? Podrías hacerlo como regalo de cumpleaños».

No me acuerdo de qué le contesté exactamente, pero estoy seguro de que fue algo así como: «¿TE HAS VUELTO JODIDAMENTE LOCA?».

O sea, yo solo llevaba tocando la batería (los cojines) unos años y, como había estado aprendiendo de los álbumes de punk rock viejos y rayados de mi colección, estaba a AÑOS LUZ de poder subir allí arriba y tocar JAZZ con aquellos genios. Lo que me estaba

pidiendo era algo absolutamente inimaginable. Era tirarme a los leones. Era un desastre asegurado. Pero... también era mi madre, y había sido tan guay como para llevarme allí, así que...

Acepté sin mucho convencimiento, me levanté de la mesa despacio y me abrí paso por la abarrotada sala de entusiastas del jazz hasta la hoja de inscripción manchada de café que había al lado del escenario. Tenía dos columnas: «Nombre» e «Instrumento». Leí la lista de nombres de otros músicos supuestamente dotados y, con el bolígrafo temblando en la mano, garabateé: «David Grohl – Batería». Fue como firmar mi sentencia de muerte. Regresé a nuestra mesa aturdido y notando como todo el mundo me miraba mientras me sentaba, por lo que enseguida empecé a empapar de sudor los vaqueros rotos y la camiseta punk. ¿Qué había hecho? ¿Aquello no podía salir bien! Los minutos se me hicieron horas mientras iban llamando uno a uno a toda una serie de músicos capaces de deleitar los curtidos oídos que albergaban aquellas paredes sagradas. Todos eran increíbles, y yo iba perdiendo la confianza por momentos. Tenía un nudo en el estómago, me sudaban las manos y el corazón me iba a mil mientras esperaba allí sentado, intentando seguir la increíble armadura de la banda y preguntándome cómo iba a ser capaz de mantenerme a flote entre los impresionantes músicos que subían a aquel escenario todas las semanas. «Por favor, que yo no sea el siguiente —pensaba—. No, por favor...»

No pasó mucho tiempo antes de que la profunda voz de barítono de Lawrence Wheatley resonara en los altavoces con las temidas palabras que aún hoy me persiguen: «Damas y caballeros, demos la bienvenida a... David Grohl, a la batería».

Recibí avergonzado un puñado de aplausos que rápidamente se dispararon en cuanto la gente vio claramente que no era ninguna leyenda del jazz, sino un punk de la periferia con un corte de pelo gracioso, unas Converse Chucks sucias y una camiseta de Killing Joke. A juzgar por las caras de horror de la banda, más bien parecía

que era la parca la que se estaba acercando. Subí al escenario, el gran Lenny Robinson me dio sus baquetas al tiempo que yo me sentaba vacilante en su trono, y por primera vez vi la sala desde su perspectiva. Ya no estaba al abrigo de la mesa llena de aperitivos de mi madre, sino literalmente en el punto de mira, petrificado ante las luces del escenario y las miradas de una audiencia que parecía decir: «Vale, chico, a ver lo que sabes hacer». Con un simple conteo, la banda comenzó a tocar lo que yo no había tocado nunca (es decir, una canción de jazz), e hice todo lo que pude por mantener el ritmo sin ahogarme en un charco de vómito. Sin solos ni focos, solo intentando seguir el tempo y no cagarla. Menos mal que todo acabó muy pronto, sin vómitos y sin incidentes. A diferencia de la mayoría de los músicos que habían actuado antes, a mí me tocó una canción sorprendentemente corta (sin duda, adrede). ¡Imagínatelo! Listo, ya podía volverme a la mesa con el alivio que se siente cuando termina una endodoncia. Me levanté y, con la boca seca y una sonrisa nerviosa, hice una torpe reverencia ante la banda en señal de agradecimiento. Si aquella banda hubiera sabido por qué había tocado, habrían podido entender aquel acto de desesperada estupidez. Y aunque no lo sabían, aquellos músicos, con cada gramo de caridad de sus corazones, habían hecho que pudiera hacerle a mi madre un regalo de cumpleaños que no olvidaría jamás (para consternación de unos setenta y cinco clientes del club), lo que para mí significaba mucho más que cualquier ovación. Volví a la mesa humillado y avergonzado, pensando que todavía me quedaba un larguísimo camino antes de poder considerarme un verdadero batería.

Aquella tarde fatídica encendió un fuego en mí. Inspirado por el fracaso, decidí que tenía que aprender a tocar la batería con la ayuda de alguien que realmente supiera lo que estaba haciendo, en lugar de obstinarme en hacerlo yo solo tocando en el suelo de mi habitación. Y solo se me ocurría una persona que pudiera hacerlo: Lenny Robinson.

Unos domingos más tarde, mi madre y yo regresamos a One Step Down y, tras haber conseguido reunir de nuevo mi ingenuo arrojo, intercepté a Lenny de camino al baño.

—Perdone, señor, ¿usted da clases? —le susurré como en *La tribu de los Brady*.

—Sí, amigo. Treinta dólares la hora.

«¿Treinta dólares la hora? —pensé—. ¡Eso es como cortar el césped seis veces muerto de calor en Virginia! ¡O la paga de un fin de semana en la pizzería Shakey! O menos tabaco esta semana... ¡HECHO!»

Nos dimos los teléfonos y fijamos un día. ¡Ya estaba en camino de convertirme en el próximo Gene Krupa! O eso esperaba...

En nuestra casa de Springfield, de ciento veinte metros cuadrados, no cabía una batería completa (por eso había improvisado el conjunto de cojines en mi cuarto), pero para aquella ocasión tan especial fui adonde practicaba con mi banda, Dain Bramage, y me llevé las cinco piezas más importantes de la batería Tama, que estaban muy lejos del calibre de la de Lenny. Coloqué con cierta torpeza los tambores sucios frente al equipo de música del salón y los limpié con un bote de limpiacristales que encontré en la cocina debajo del fregadero mientras esperaba con ansia su llegada, deseando que muy pronto lo oyeran tocar todos los vecinos... ¡y pensarán que era yo!

«¡Está aquí! ¡Está aquí!», exclamé como si Papá Noel acabara de llegar al camino de entrada de nuestra casa. Sin apenas lograr contenerme, lo saludé en la puerta y lo invité a entrar en el salón, donde la batería lo esperaba reluciente y aún con el olor del limpiacristales, que se acababa de secar. Lenny se sentó en la banqueta, examinó el instrumento y comenzó a tocar los imposibles *riffs* que tantas veces le había visto tocar los domingos en el club, un desbarajuste de manos y baquetas repartiendo redobles de ametralladora con un tempo perfecto. Yo lo miraba con la boca abierta, si poder creer que aquello estuviera sucediendo en el mismo trozo de la alfombra en el que me había pasado

la vida soñando con llegar a ser algún día un batería de primera clase. Por fin se haría realidad. Era mi destino. Pronto me convertiría en el próximo Lenny Robinson, cuando sus *riffs* se hicieran míos.

«Bien —dijo cuando terminó—, vamos a ver lo que sabes hacer.»

Con todo el valor que pude reunir, me lancé a la interpretación de mis «grandes éxitos» de *riffs* y trucos que había aprendido de todos mis héroes de punk rock, aporreando y sacudiendo aquel equipo barato como un niño hiperactivo en plena rabieta hasta llegar a una explosión de gloria salvaje y sin ritmo. Lenny, que me observaba atentamente y con expresión rígida, se dio cuenta enseguida del trabajo que le esperaba. Después de unos minutos cacofónicos de desastrosos solos, me interrumpió y me dijo: «Vale... En primer lugar, estás cogiendo las baquetas al revés».

Lección número uno. Avergonzado, les di la vuelta rápidamente y me disculpé por aquel error de novato. Siempre las había cogido al revés porque pensaba que el extremo más grueso del palo produciría un sonido mucho más fuerte al golpear la batería, lo que daba buenos resultados en mi estilo de percusión neandertal. No me daba cuenta de que aquello era prácticamente la antítesis de un buen batería de jazz. Qué tonto. Entonces me enseñó la empuñadura tradicional, para lo que tenía que coger la baqueta con la mano izquierda y sujetarla entre el pulgar y el dedo corazón, como todos los grandes baterías habían hecho antes que él y, desde luego, antes que yo. Esta sencilla corrección borró por completo todo lo que creía que había aprendido sobre la batería hasta entonces y me dejó debilitado detrás del equipo, como si estuviera aprendiendo a caminar de nuevo después de una década en coma. Mientras yo me esforzaba por sujetar la baqueta con aquella empuñadura imposible, él empezó a enseñarme golpes simples en una almohadilla de prácticas. Derecha-izquierda-derecha-izquierda. Golpeando la almohadilla para encontrar un equilibrio constante, una y otra

vez. Derecha-izquierda-derecha-izquierda. Otra vez. Derecha-izquierda-derecha-izquierda. Sin darme ni cuenta, la clase terminó, y entonces fue cuando pensé que, a treinta dólares la hora, me iba a salir más barato ir a la Johns Hopkins y convertirme en un maldito neurocirujano que aprender a tocar la batería como Lenny Robinson. Le entregué el dinero, le di las gracias por su tiempo y eso fue todo. Mi única clase de batería.

«Bueno..., a ver..., ese es el bombo, tienes que poner el pie aquí —le dije mientras Harper ponía una zapatilla diminuta sobre el pedal—. Ese es el charles; el otro pie va aquí.» Se acomodó en su asiento, baquetas en mano, lista para zambullirse. Sin tener ni idea de lo que estaba haciendo, me salté las desconcertantes chorradas de derecha-izquierda-derecha-izquierda que Lenny Robinson me enseñó (con todo el respeto, Lenny) y me dispuse a enseñarle directamente un ritmo. «Eh... Muy bien... Este es un patrón sencillo bombo-caja...» Después de varios intentos frustrantes, le pedí que parara un momento y, mientras salía de la habitación, le dije: «Espera, ahora vuelvo». Sabía lo que necesitaba. No era a mí. Era *Back in Black* de AC/DC.

Puse el tema principal para que lo escuchara. «¿Lo oyes? —le pregunté—. Ese es el bombo. Ese es el charles. Y esa es la caja.» Escuchó atentamente y empezó a tocar. La sincronización era muy buena, lo que cualquier batería sabe que ya es tener la mitad de la batalla ganada. Harper tenía un metrónomo incorporado, y una vez que se sintió cómoda en cuanto a la coordinación de los movimientos, comenzó a tocar con una expresividad tremenda. Me puse a saltar y aplaudir con el corazón rebosante de orgullo, moviendo la cabeza y cantando mientras Harper tocaba. Entonces me llamó la atención algo curioso: su postura. La espalda ligeramente arqueada hacia delante, los ángulos de los brazos y los codos colocados un poco hacia fuera, la barbilla levantada por encima de la caja... y lo vi: ELLA ERA MI REFLEJO TOCANDO LA BATERÍA A SU EDAD.

Fue como viajar en el tiempo y tener una experiencia extrasensorial al mismo tiempo. Y no solo eso: allí estaba mi pequeño yo, mi gemela sonriente, aprendiendo a tocar la batería tal y como lo había hecho yo treinta y cinco años antes: escuchando música con sus padres. Aunque eso no quiere decir que me sorprendiera, pues siempre supe que aquel momento llegaría.

Como dije en el prólogo del libro de mi madre, *From Cradle to Stage*, creo que estos impulsos musicales no son un misterio, sino algo predeterminado, algo que reside en algún lugar recóndito del ADN y que solo espera el momento de poder manifestarse:

El ADN es maravilloso. En lo más profundo de nuestra química, todos llevamos rasgos de personas que no hemos conocido. Yo no soy científico, pero creo que mis habilidades musicales dan prueba de ello. No hay nada sobrenatural en esto. Esto es carne y hueso. Es algo que sale de dentro. El día que cogí la guitarra y toqué de oído «Smoke on the Water» de Deep Purple supe que lo único que necesitaba era ese ADN y muchísima paciencia (lo que claramente no le faltaba a mi madre). Estos oídos, este corazón y esta mente nacieron de alguien. De alguien con quien compartía ese mismo amor por la canción y la música. Yo tenía la suerte de contar con una sinfonía genética que solo estaba esperando para actuar. Lo único que necesitaba era esa chispa...

En el caso de Harper, la «chispa» se había encendido el día anterior, cuando estaba en el club Roxy de Sunset Boulevard viendo a su hermana mayor, Violet, dar su primer concierto a la madura edad de once años.

Y sí, sabía que aquello también llegaría.

Violet era una niña muy locuaz. Con tres años ya hablaba con la claridad y el vocabulario propios de una niña mucho mayor. A menudo sorprendía a los desprevenidos camareros de los restaurantes cuando, desde su asiento elevado, les hacía una petición tan completa como

esta: «Disculpe, señor, ¿podría traerme un poco más de mantequilla para el pan?». (Yo me meaba de la risa cuando veía que el camarero se paraba a mirarla dos veces como si aquello fuera una especie de truco ventrílocuo retorcido.) Una vez, cuando estaba teniendo una rabieta sentada a la mesa mientras cenábamos, intenté calmarla diciéndole: «Mira, no pasa nada, todo el mundo se enfada de vez en cuando. ¡Yo también me enfado!», a lo que ella me contestó diciendo: «¡No estoy enfadada! ¡Estoy FRUSTRADA!». (Yo todavía no he entendido cuál es la diferencia, pero Violet sí.) Con el tiempo me di cuenta de que Violet tenía una gran memoria auditiva y una enorme capacidad para reconocer patrones, por lo que se le daba muy bien imitar o repetir perfectamente las cosas de oído. No tardó en empezar a jugar a imitar los acentos, como si la que hablara fuera una persona irlandesa, escocesa, inglesa, italiana, etcétera, y todo eso cuando todavía se sentaba en el coche en su asiento infantil lleno de manchas de batido.

No pasó mucho tiempo antes de que su amor por la música le agudizara el oído en cuanto a altura, clave y tonalidad. Mientras cantaba en el asiento trasero del coche, empecé a notar cómo se concentraba en las sutiles variaciones de las voces de sus cantantes favoritos. Las armonías de los Beatles, el vibrato de Freddie Mercury y el soul de Amy Winehouse (quizá lo más memorable, ya que no hay nada como escuchar a tu hija de cinco años cantar «Rehab» palabra por palabra mientras usa el pijama de *Yo Gabba Gabba!*). Estaba claro que tenía el don. Ya era solo cuestión de tiempo antes de que encontrara la chispa.

Esa chispa fue convirtiéndose en un incendio, y la música, en su varita mágica, hasta que formó una banda de rock con sus amigos. Fue adquiriendo fuerza y seguridad con cada actuación, con un oído voraz y una capacidad inmensa para los distintos estilos musicales, desde Aretha Franklin hasta los Ramones, una diversidad que fue ampliando a medida que avanzaba en su camino de descubrimiento e inspiración. Con su sinfonía genética en concierto,

lo único que podíamos hacer era sentarnos y escuchar. Al fin y al cabo, esto es algo que se lleva dentro.

El día de la actuación de Violet en el Roxy de Sunset Boulevard, el primer concierto «oficial» de su banda, me senté con mi familia entre el público. «Don't Stop Believin'» de Journey, «Hit Me with Your Best Shot» de Pat Benatar y «Sweet Child O' Mine» de Guns N' Roses eran mis favoritos, aunque disfruté todo el concierto. A mi izquierda tenía a Harper, que soñaba con hacerse música algún día, y a mi derecha estaba mi madre, que contemplaba con orgullo cómo otra generación de su familia desnudaba su alma ante una sala llena de desconocidos. Fue una experiencia profunda, que se resume mejor con el mensaje que mi madre me mandó al día siguiente: «Ahora ya sabes lo que es estar sentado entre el público hecho un manojo de nervios mientras TU hija sube al escenario por primera vez para perseguir sus sueños con un corte de pelo gracioso, unos vaqueros y una camiseta». Tenía razón. **ALLÍ NO HABÍA NADA SOBRENATURAL. TODO ERA CARNE Y HUESO.**

Desde entonces, he actuado con mis dos hijas ante miles de personas por todo el mundo, y todas y cada una de las veces siento el mismo orgullo que sintió mi madre aquella tarde húmeda de verano en One Step Down tantos años antes. El mayor regalo de mi vida es ver la pasión y la valentía de mis hijas al dar ese salto, y espero que algún día sus hijos sientan de alguna manera esa misma alegría y se hagan eco de las últimas palabras que escribí hace años para el libro de mi madre:

Pero, más allá de cualquier información biológica, está el amor. Algo que desafía la ciencia y la razón. Y yo tengo la suerte de haberlo recibido. Puede que este sea el factor más decisivo en la vida de una persona. Sin duda, es la mayor musa de un artista. Y no hay amor como el amor de una madre. Es la mayor canción de la vida. Todos estamos en deuda con las mujeres que nos dieron la vida. Sin ellas, no habría música.